

¿Por qué estoy vivo?, se preguntó en cuanto se quedó solo. Recordó la ofensiva de los suyos, si es que aún podía llamarlos así, porque él ya no era de nadie y con nadie podía pronunciar la palabra nosotros, y recordó la agradable sensación de cantar a voz en grito el *Miserere* mientras en derredor arreciaban los disparos y las explosiones. Y también creía recordar el ruido de aviones sobrevolando su música.

La enfermera reapareció en su campo de visión. Misteriosamente, sonreía.

—Desde luego, quién pudiera dormir como usted. No sé cómo lo hace.

—¿Llevo mucho tiempo dormido?

—Cinco días y cinco noches. Pero ha delirado una barbaridad.

Se incorporó para ver mejor a la mujer; no le costó demasiado trabajo. Consiguió sentarse sin que le doliese más que una costilla. Se apoyó contra la pared. Estaba

en un cuarto de hospital, rodeado de otras camillas ocupadas por hombres silenciosos; quizá dormían como él antes. La mujer, ni ángel, ni arcángel y mucho menos querubín, tenía una cabeza rubia, sí, y bien formada, que reposaba sobre un cuerpo de una anchura sorprendente, un cuerpo que parecía reflejado sobre un espejo convexo, de pechos poderosos y caderas de percherón. Pero le sonreía, y él le devolvió la sonrisa.

—¿Y de qué he hablado?

La mujer sacó una libreta de un bolsillo de su delantal blanco.

—De la necesidad de reforzar los sindicatos cristianos y del problema de los universales en la filosofía tomista.

—¿De verdad?

—Y del sentimiento aristocrático en Ortega y Gasset.

—No se ría de un enfermo.

—Y de algunas cosas que no hemos entendido sobre el nominalismo y la cuchilla de Ockham.

Pudiera ser; pudiera ser que al desaparecer el miedo y el dolor justamente resurgiesen los temas que le habían interesado antes de la guerra. Él no habría valido para cura; nunca se interesó por el aprendizaje de los ritos y dogmas; entre los maristas se había sentido a gusto porque tenía la posibilidad de discutir con sus profesores sobre teología y teodicea, sobre la filosofía cristiana y sus enemigos —incluso le permitían leer las obras de Feuerbach y de Unamuno—. Su confesor se lo había advertido: «Nunca llegarás a los altares; y ni siquiera estoy seguro de que llegues al cielo. Hijo mío, tu pecado es la soberbia. Querer saber más que los Santos Padres. Lee a San Agustín; él te enseñará que la fe es más importante que la razón. ¿Por qué amas a tus padres? ¿Porque la razón te incita a ello? ¿No será más bien porque crees que son tus padres y la fe te lleva al amor?».

No se atrevió a responderle que su mayor pecado no era la soberbia, sino uno más inconfesable: nunca había amado a sus padres. Pero de eso hablaremos en otro momento, porque ahora entra en la sala un personaje que, nada más aparecer, transforma la atmósfera del hospital: provoca un júbilo inexplicable en el purgatorio de los doctores, ese hombre ante el que hasta las enfermeras se cuadran y sin embargo sonrían; él se va acercando a los camastros, bendice a los enfermos con palabras amistosas y algunos, moribundos unos instantes atrás, se levantan como Lázaro de la tumba.

Tal es la expresión de beatitud de varios heridos que no habría resultado extraño que se postrasen de rodillas. Y quizá sea que al abrir la puerta se han diluido algunos efluvios de enfermedad y antisépticos, pero al acercarse a la cama del fascista lo precede una ráfaga de aire fresco. Nada en su aspecto físico podría suscitar el entusiasmo de quienes le rodean: no parece un salvador ni un caudillo, mucho menos un mesías. Ni siquiera parece feliz u optimista: de su rostro escapa la tristeza serena, la resignación de quien no espera nada del mundo, tampoco del más allá, y sin embargo se siente obligado a actuar. Qué carga pesada la del escéptico a quien su conciencia obliga a ser bueno.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien, don Manuel. Ya estoy bien.

—Me alegro. Me alegro.

—Pero no sé dónde estoy.

La sonrisa de don Manuel es benévola, la de quienes le acompañan forzada. Todos asienten comprensivos.

—En un hospital, cerca de Irún. En la zona leal.

—Anda. Entonces voy a ver el mar, por fin.

—Ya veremos, ya veremos.

Y ahora lo lógico sería que se marchase a consolar a otro enfermo, pero se queda allí parado, asintiendo, con una extraña decisión en el rostro que encaja muy mal con sus cejas caídas y sus mofletes flácidos.

—Yo..., en realidad, no he hecho mal a nadie...

Tiene que ocurrírsele algún tipo de argumento; se estruja el cerebro pensando qué decir, porque una oportunidad así no se presentará jamás, y ese hombre puede librarle del pelotón de fusilamiento, una palabra suya bastaría para salvarlo, pero ¿qué decirle?

—Que lo conduzcan al despacho —dice el presidente sin volverse, asiente una vez más y da la impresión de estar intentando evaluar al enfermo, como alguien que en la tienda contempla un producto que desearía pero de cuya calidad duda.

Desaparece, don Manuel Azaña desaparece, dejando tras de sí unas palabras de esperanza: que lo conduzcan al despacho. Cuando podría haber dicho: que fusilen a este desgraciado.

—Le hemos elegido porque es usted un hombre insignificante. Entiéndame bien: todos somos insignificantes. Pero usted, si me lo permite, es más insignificante aún; y además no tiene patria. Yo también quisiera a veces no tener patria, pero la tengo; incluso pienso que los hombres viviríamos mejor sin patria alguna; yo creo que si un día olvidara el nombre de la mía me sentiría mejor; sería como recuperar la cordura, porque la obsesión por la patria no es distinta de la manía persecutoria o de la fobia a los espacios cerrados; en fin, no es momento para esas reflexiones. Es usted vasco sin serlo del todo, porque es de Álava y no habla vascuence, aunque es verdad que lo mismo les sucede a casi todos los vascos, no el ser de Álava, sino lo de no hablar vascuence; las únicas palabras en vascuence que conocen son sus apellidos. Usted ni eso porque tiene un apellido andaluz y otro gallego. No es usted ni militar ni civil, es un seminarista...

—Disculpe, pero los seminaristas estudian para sacerdotes y yo...

—Ya lo sé, no me interrumpa —casi gritó don Manuel, pero hizo un esfuerzo por contener su irritación—. Seminarista, hermano marista... ¿Qué más da?, usted se prepara para ser religioso, un religioso dedicado a la enseñanza, ni cura ni monje, pero algo parecido, es usted un cadete del catolicismo, los curas predicán a las beatas y usted a los estudiantes, son igualmente parte de un ejército, con su propio uniforme, sus leyes, sus ritos; son civiles pero no se someten al Estado, y para colmo se creen los salvadores de la nación, otra cosa que los une a los militares. Además, es usted un enemigo de la República, y ahora lo es también de los facciosos.

Don Manuel le había lanzado esa andanada de frases desde detrás de un escritorio, mirando al techo de lo que quizá fue la biblioteca de una mansión privada, con paredes recubiertas de oscuras estanterías de roble, ahora desprovistas de libros, vacías como la mente del pobre prisionero, que intentaba comprender sin lograrlo qué querían de él y, sobre todo, cómo podía salvar el pellejo. La ventana abierta, a las espaldas del prisionero, dejaba entrar una luz algo fría que era absorbida casi de inmediato por la madera teñida y las alfombras pardas. Sólo sobrevivía la luz sobre los cristales de las gafas de don Manuel, que le lanzaban destellos, misteriosos mensajes en morse, desconcentrándole aún más.

—Yo no...

—Ya sé que hay un malentendido: usted no es un enemigo de nadie. Usted quisiera encerrarse en una biblioteca y pasar sus días leyendo a Balmes o a Kraus. Me he informado. Usted no desea mal alguno a los milicianos ni a los falangistas; probablemente piensa que son un poco brutos, pero no les desea el mal. No obstante, le han arrastrado a esta guerra: y sufre. Y está confuso. Porque es verdad que se encuentra más cerca de sus amigos católicos que de ateos como yo. Pero usted nunca mataría a un ateo. Ni siquiera le metería en la cárcel. Y sin embargo ha matado.

—Que es que yo no...

—No se disculpe. Es una guerra. Y le han arrasrado a ella. Usted estaba tan tranquilo en su casa de formación, se llaman así, ¿verdad?, donde hacen los estudios, ¿lo ve?, hasta sus propias escuelas tienen, son un ejército aparte que recibe una instrucción distinta a los demás, aunque yo habría querido poner fin a eso, en fin, ya no será posible. Decía que estaba usted en su casa de formación de Álava, usted era un joven deseoso de transmitir la fe y la religión, y un día llegan unos soldados y le dicen: ¿está usted con Dios o con el demonio? Y usted dice que con Dios, claro, ¿qué va a decir?, y le ponen un fusil en las manos y lo envían a luchar. Si su sargento ordena: disparen, usted dispara; y aunque apunte usted un poco por encima de las cabezas de sus enemigos, porque no puede imaginarse apretando el gatillo que ponga en marcha el mecanismo que empuje la bala que penetra en la frente de un hombre y acaba con su futuro, y en cierto sentido también con su pasado... ¿por dónde iba?

—Por lo de que he matado.

—Eso es, aunque quizá no lo haya hecho directamente (eso usted lo sabrá) ha cubierto con su fuego a quienes sí han matado a los nuestros. Así que es usted un enemigo para nosotros, y sé que ha estado a punto de ser fusilado por ello. Pero también sé que iba a ser fusilado por los otros por injurias al mamarracho y palabras sediciosas y disolventes, porque es usted un hombre con ideas propias...

—No es eso, es que no era verdad...

—Nada es verdad. Pero tenemos que vivir como si lo fuese, porque de lo contrario nunca nos levantaríamos de la cama. Yo mismo tengo que fingir que estoy pleno de certezas. Escuche mis discursos: no hay más preguntas que las retóricas. La gente no quiere que le preguntes nada, sino que le des respuestas. Y casi nunca las tienes. Es la maldición de los políticos; tenemos que

mentir continuamente, no por inclinación, sino porque así se exige de nosotros. Lo mismo se pide a los curas, es cierto, pero ellos juegan con ventaja: no tienen que demostrar nada. La prueba se encuentra en el más allá. Mi caso es distinto; yo no puedo decir a los ciudadanos que cuando se mueran encontrarán un empleo digno o una vivienda sin ratas. Tengo que darles las certezas para mañana, pero el tiempo siempre las desmiente. Porque nada es verdad...

Don Manuel sacudió la cabeza, una pregunta podría estar formándose en su cerebro y aparecer escrita sobre su amplia frente, esa superficie brillante que parece diseñada para esculpir en ella frases históricas. Pero se pasó la mano por delante de los ojos como quien borra una pizarra, y prosiguió.

—Nada es verdad, pero la gente muere. Todos tenemos una responsabilidad, la obligación de evitarlo a toda costa. Y sin certezas tampoco es posible librar una guerra. Eso es precisamente lo que espero de ti, permíteme que te tutee en estas circunstancias. ¿Me entiendes?

—No, don Manuel.

—España se muere, hijo mío. O, para ser más exactos, son los españoles los que se están matando unos a otros. Ya sabes que España, cuando decide entrar en la Historia, donde entra es en la Zoología. Y esto es sólo el principio; llevamos unas pocas semanas de guerra, los dos bandos están haciendo acopio de armas, que nos venden en condiciones de usura nuestros supuestos países amigos; nos estrechan una mano y con la otra nos agarran el pescuezo. Estamos trayendo bombas, aviones, morteros, piezas de artillería, granadas, fusiles, ametralladoras, minas, pistolas, para poder matarnos más y mejor de lo que hemos hecho hasta ahora. Y al final no vencerá nadie, eso es lo tremendo. Uno se hará con el poder, pero no habrá vencido. ¿Me entiendes?

—No, don Manuel.